

les, como nuestros *Mac* y *Fitz*, probablemente significarían «hijo de» ó «descendiente de», nos da la explicación de que la palabra *Father* (padre) fuese un título divino. Y cuando leemos en Selden que «el privilegio de formar sus nombres por derivación de los nombres de los dioses no era exclusivo de los reyes, pues también se lo abrogaban los nobles y más poderosos vasallos» (sin duda individuos de la real familia), es fácil comprender que el término *Padre*, empleado en su significación propia por éstos y sus descendientes, llegara á ser usado por el pueblo en general. Y es significativo el hecho de que el pueblo más bárbaro de Europa, allí donde aún se cree en el origen divino del soberano, *padre* (*Czar*) sea, en su más alto sentido, una distinción real. Por otra parte, recordando que la divinidad atribuída en un principio á los reyes no era simple cumplimiento, sino creencia formal, y que en la filosofía fetiquista se piensa que los cuerpos celestes son personajes que antes vivieron entre los hombres, se ve que los apelativos orientales de los soberanos, «Hermano del Sol», etc., expresaban, en su sentido recto, el común sentir, y han seguido en uso, como otras muchas cosas, no obstante haber perdido su acepción primitiva. Es lícito inferir también que los títulos de Dios, Señor, Divinidad, se daban á los soberanos literalmente, y que el *nostra divinitas*, aplicado á los emperadores romanos, y las varias designaciones sagradas con que se ha distinguido á los monarcas, la de «el rey nuestro señor», aún usada, inclusive, son las formas muertas ó moribundas de hechos, vivos en otro tiempo. De estos nombres de Dios, Padre, Señor, Divinidad, que en un principio pertenecían al Dios-rey y después al Dios y al rey, puede mostrarse claramente que derivan todos nuestros títulos de respeto.

Hay motivos para creer que estos títulos fueron en su origen nombres propios. Así entre los egipcios, donde Faraon era sinónimo de rey, como entre los romanos, donde

César significaba emperador, los nombres propios de los hombres más poderosos se trasmitían por herencia, convirtiéndose en distintivos de clases. En la mitología escandinava podemos seguir la huella de un título de honor hasta remontarnos al nombre propio de un personaje divino. En anglo-sajón *bealdor* ó *baldor* significa Señor, y Baldor es el nombre de los hijos favoritos de Odino, de los dioses que con él constituyen el Panteón Teutónico. No es difícil comprender cómo esos títulos de honor se generalizaron. Los parientes de los reyes primitivos, los grandes, que, según afirma Selden, formaban sus nombres con los de los dioses, y mostraban así que pertenecían á una raza divina, necesariamente hubieron de participar de epítetos que, como el de Señor, eran símbolos de origen y naturaleza sobrehumanos. La multiplicación de la descendencia vulgarizó en cierto modo tales títulos, que más tarde se aplicaron á todo individuo poderoso, debido en parte á que, siendo concebida en los tiempos primitivos la divinidad simplemente como una forma más alta de la humanidad, los grandes personajes podían ser designados con epítetos divinos sin demasiada exageración; en parte también á que tales individuos se consideraban por lo menos como descendientes no reconocidos ó ilegítimos del «fuerte, del destructor, del poderoso», y en parte, por último, á que dichos calificativos se aplicaban por cumplimiento y deseo de agradar.

Progresivamente, al disminuir la superstición, quedó sólo en pié esta última causa; y si se tiene presente que está en la naturaleza de los cumplimientos, según puede observarse diariamente, la ponderación y la lisonja; si se atiende á la constante aplicación de la palabra «squire», á la repetición continua de la frase «vuestro honor», usada por los irlandeses, y al uso del nombre de «gentleman», que se da entre las clases bajas de Londres á cualquier porteador de carbón ó barrendero, tendremos ejemplos

bastantes de la depreciación de los títulos por consecuencia de los cumplimientos; en los tiempos bárbaros, cuando el deseo de congraciarse con el poderoso era más vivo que ahora, este efecto debió ser mayor y el abuso de las antiguas distinciones ir siempre en aumento. De aquí que los judíos llamasen á Herodes «dios»; que padre, en su más alto sentido, fuese un término dirigido entre ellos por los siervos á sus amos, y que la palabra señor se aplicase á cualquiera persona de dignidad y de poder; de aquí también el que en los últimos períodos del imperio romano se saludase á los vecinos con los nombres de *dominus* y *rex*.

Pero donde más claramente se ve este proceso es en los títulos empleados durante la edad media y en los usados hoy. *Herr*, *Don*, *Signior*, *Seigneur*, *Sennor*, fueron en su origen nombres de soberanos, de señores feudales. A causa de aplicar estos nombres, á manera de cumplimientos, á cualquiera que se suponía acreedor á ellos, por sucesivas degradaciones llegaron á ser formas comunes en el trato social. La frase *meiner herr*, con que los siervos saludaban á su despótico jefe, se aplica hoy familiarmente en Alemania á la gente del pueblo. El título español don, propio en un tiempo de los nobles y de los caballeros, es patrimonio ahora de todas las clases. Lo mismo ocurre con el Signor en Italia. *Seigneur* y *Monseigneur*, por contracción *Sieur* y *Monsieur*, han producido el término de respeto á que tiene derecho todo francés. La palabra *Sire*, sea ó nó contracción de *Signior*, es evidente que se aplicó al principio exclusivamente á los antiguos señores feudales de Francia, los cuales, como dice Selden, «la preferían á la de barón, llamándose el *Sire* de Montmorency, el *Sire* de Beaulieu, etc.,» y nuestra palabra *Sir*, que de la anterior se deriva, y ha sido usada frecuentemente por los monarcas, significó en su origen señor ó rey. Igual fenómeno se observa respecto á los títulos femeninos. *Lady*, que, según Horni Tooke, significa *muy alta*, se aplicó primeramente á

muy pocas, pero hoy es un título que se da á toda mujer bien educada. *Dame*, palabra en un tiempo muy honorífica y que en los antiguos libros vemos unida á los epítetos de bien nacida y augusta, en la actualidad, por lo mucho que se ha extendido, es relativamente un término de desdén; y si trazamos la historia de la palabra compuesta de la anterior, *ma-dame*, con sus contracciones, «*Madan*, *ma'am*, *mam*, *mun*,» encontramos que el «*Yes*, *m*» de Sally á su amada, equivale en su origen á *sí, mi muy alta*, ó á *sí, vuestra alteza*; por consiguiente, en todos los casos ha sido el mismo el génesis de los términos honoríficos, así entre los judíos y los romanos como en la moderna Europa. Retrotrayendo estos nombres á su primitiva significación de *señor* y de *rey*, y recordando que en las sociedades antiguas se aplicaban exclusivamente á los dioses y á sus descendientes, se llega á la conclusión de que nuestros *Sir* y *Monsieur*, hoy tan familiares, fueron en su origen términos de adoración. Con objeto de que se comprenda mejor esta gradual depreciación de los títulos y de confirmar la inferencia expuesta, será bueno observar de pasada que los más antiguos de entre ellos son precisamente, como debía esperarse, los que más han decaído y perdido en valor. Así, *Master*, palabra cuya derivación y semejanza con las análogas de otras lenguas (Fr, *maître*, por *master*; Russ, *master*; Dan, *master*; Ger, *master*) ponen de manifiesto haber sido una de las primeras que se usaron para expresar la soberanía, se aplica hoy únicamente á los muchachos, y bajo la modificación de *mister* á las personas que casi están en el rango de los simples trabajadores. La caballería, el orden más antiguo de dignidad, es también el más humilde, y el rango de caballero bachiller, que es el menos elevado de todos, es asimismo el más antiguo. Cosas semejantes pasa con los demás títulos; el de *Baron* es á la par el más antiguo y el más generalizado. Esta continua degradación de todos los términos honoríficos ha movido

á introducir de tiempo en tiempo otros nuevos que tuviesen el sello de distinción que habían perdido, al vulgarizarse, los anteriores, precisamente como el hábito de prodigar los superlativos, destruye gradualmente la fuerza de estos y obliga á usar otros menos gastados. Y si en los últimos mil años este proceso ha producido efectos tan notables, fácilmente se concibe que, durante las centurias anteriores, los títulos de Dioses y semidioses llegaran á ser patrimonio de todas las personas que ejerciesen algún poder, y más tarde de cualquiera que mereciera alguna consideración.

Si de los títulos honoríficos pasamos á las frases honoríficas observaremos hechos semejantes. La manera oriental de dirigirse aun al común del pueblo, «yo soy vuestro esclavo», «todo lo mio es vuestro», «me sacrificaré por vos», atribuyen al individuo con quien se habla la misma grandeza que las palabras Monsieur y My Lord; le invisten con el caracter de un señor soberano, tan inmensamente superior al que habla que este puede pasar por esclavo suyo. Otro tanto puede decirse de las expresiones de respeto que usan los polacos, «me prosterno á vuestras plantas:» «beso vuestros piés,» y de la frase con que concluimos nuestras cartas, «vuestro muy humilde servidor;» hasta la antefirma familiar, «vuestro fielmente,» el «vuestro» interpretado en su sentido primitivo implica la servidumbre.

Todas estas formas muertas fueron en un tiempo encarnaciones vivas de un hecho, fueron indicaciones genuinas de la sumisión á la autoridad que las palabras revelaban; después se usaron naturalmente por los débiles y los cobardes para captarse las simpatías de los que eran «superiores» á ellos; poco á poco se creyó que se debían á estos de derecho, y por continuos abusos, llegaron á perder su significación primitiva, como ha ocurrido con las voces *Sir* y *Master*. Que tales frases se consagraban exclusivamente en su origen al Dios-rey, lo revela el hecho de que

más tarde se aplicaron en común al Dios y al Rey. El culto religioso ha consistido siempre principalmente en profesiones de obediencia, en declararse servidores de Dios, en poner la voluntad en sus manos para que él haga lo que quiera. Por consiguiente, de igual manera que los títulos, estas vulgares frases honoríficas tienen un origen religioso.

Acaso no haya ejemplo más marcado que el pronombre *vos* usado en singular para poner de manifiesto este cambio mediante el cual se populariza un signo de distinción suprema. Tal modo de dirigirse á un solo individuo en plural, fué en un principio un homenaje rendido al soberano, el recíproco del imperial «nos» que éste asumía. Sin embargo, por su aplicación sucesiva á individuos de una clase menos elevada, y luego á los de otra inferior todavía, se ha convertido en tratamiento universal. Sólo en una secta de cristianos y en algunas comarcas, se conserva el primitivo *tú*. Y el *vos*, al generalizarse, ha perdido hasta el último vestigio del honor que antes le acompañaba.

Pero el génesis de las *maneras*, consideradas como derivaciones de las formas de sumisión y de adoración, se muestra mejor que en parte alguna en los modos de saludar. Nótese en primer término la significación de la palabra. Entre los romanos la «salutación» era un homenaje diario que se rendía por los clientes y deudos á sus superiores, lo mismo entre los hombres civiles que en el ejército. La misma historia de la palabra sugiere, por tanto, la idea de sumisión. Pasando á las formas particulares de obediencia (atiéndase de nuevo á la palabra) comencemos por la costumbre oriental de descalzarse. En su origen fué esto una señal de reverencia que se tributaba á Dios y al rey. Que se tributaba á Dios lo prueba la práctica de los mahometanos que para prestar juramento sobre el Corán se quitan las sandalias; que se tributaba al rey lo patentiza el ejemplo de los persas que se descalzan para presentarse al monarca. Poco á poco, sin embargo, este homena-

je fué rendido á los soberanos inferiores, y así se generalizó gradualmente. En la India es muestra de respeto; en Turquía un hombre bien educado deja siempre los zapatos á la puerta; los turcos que no pertenecen á una clase elevada nunca se presentan ante un superior sino en medias; y en el Japón el quitarse los zapatos es la manera habitual de saludarse.

Tomemos otro ejemplo. Selden, describiendo las ceremonias de los romanos, dice: «En todas partes era costumbre, al besar las imágenes de los dioses ó al adorarlas, colocarse á cierta distancia delante de ellas, llevar solemnemente la mano derecha hacia los labios, y haciendo ademán de enviar besos, volver el cuerpo del mismo lado, en lo que consistía la forma propia de la adoración; pero sucedió que, por la fuerza del hábito, los emperadores, estando tan cerca de la Divinidad, y siendo según algunos, dioses ellos mismos, recibieron el mismo homenaje en reconocimiento de su grandeza.» Si recordamos ahora el singular saludo de un escolar de aldea, el cual saludo consiste en levantar la mano á la altura del rostro y describir un semicírculo con el ante-brazo; y si nos fijamos en que ese saludo que se considera como un acto de reverencia en las aldeas, es probablemente un resto de los tiempos feudales, hallaremos motivos para pensar que el movimiento que hacemos con la mano al amigo que encontramos en la calle, representa lo que en un principio fué un acto de devoción.

Por modo semejante se han originado todas las formas de expresar el respeto mediante inclinaciones del cuerpo. El postrarse por completo es en los primeros tiempos señal de sumisión. El pasaje de la Escritura: «A todos los ha puesto bajo sus piés.» Y aquel otro, tan elocuente en su antropomorfismo: «El señor ha dicho á mi señor: siéntate á mi diestra hasta que yo haga de tus enemigos escabel para tus piés», suponen (y así lo muestran sin género de duda las esculturas asirias) que era práctica de los antiguos

dioses-reyes del Oriente el pisotear á los vencidos. Y cuando se piensa que todavía hay salvajes que para expresar la sumisión ponen su cuello bajo el pié de la persona á que se someten, resulta manifiesto que el prosternarse, sobre todo cuando á este acto acompaña el de besar los piés, significa el deseo de ser pisoteado, como un medio de apaciguar la cólera, diciendo por signos: «anda por encima de mí, si tal es tu voluntad.» Si se recuerda además que el besar el pié, como se hace con el Papa y con las estatuas de los santos, todavía es en Europa señal de extraordinaria reverencia; que el postrarse ante los señores feudales fué uso general en otro tiempo, y que su desaparición ha debido ser no repentina sino gradual y mediante sucesivas trasformaciones, es sin duda lícito creer que todos los actos de cortesía ó acatamiento que consisten en inclinar el cuerpo se derivan de las profundas humillaciones mencionadas, máxime siendo posible señalar cómo se ha verificado la trasformación. La reverencia del siervo ruso que baja la cabeza hasta el suelo y el *salaam* del indio, son postraciones abreviadas. Una reverencia es un *salaam* menos pronunciado; una inclinación de cabeza es una reverencia no tan acentuada.

Quien vacile en aceptar esta conclusión reflexione que los más profundos de estos saludos son comunes donde la abyección es más completa; que entre nosotros mismos lo excesivo de la inclinación indica el grado del respeto; y últimamente, que las reverencias se usan aún en nuestras iglesias, por los católicos ante los altares y por los protestantes ante el nombre de Cristo; y tal vez esto le convencerá de que el saludo es también en su origen una forma de adoración.

Lo mismo puede decirse de la cortesía, palabra que por su etimología bien revela lo que significa. Teniendo presente que el arrodillarse ha sido la manifestación general de obediencia del vasallo al soberano; que en los anti-

guos manuscritos y tapicerías se representa á los servidores en esta actitud al ofrecer los platos á sus amos, y que la misma se toma ante los reyes al ser presentado á ellos, puede inferirse que la cortesía tiene por carácter distintivo el ser un ademán de arrodillarse. Como la palabra se ha contraído (de *courtoisie*, *cursty*) así se ha ido abreviando la ceremonia desde la colocación material de la rodilla en tierra, hasta el acto de doblarla ligeramente. Comparando la reverencia de una dama con la de una joven campesina, la cual, á poco que continuase, pondría en tierra ambas rodillas, puede verse en la de la última como un resto de la profunda genuflexión que se exigía á los siervos. Y si del Occidente, donde la reverencia es aún un vestigio del acto de arrodillarse, pasamos al Oriente, donde el fiel mahometano no se contenta con arrodillarse, sino que baja la frente hasta el suelo, fácil es ver que el encorvar la rodilla es también una forma degenerada de la postración primitiva, en vías de desaparecer.

Para mayor comprobación de esto, debe observarse que há muy poco ha desaparecido del saludo un acto que tenía el mismo origen que el anterior. Nos referimos al movimiento del marino de comedia, que completa su saludo retirando un pié hacia atrás, movimiento en boga entre nuestros padres, cuando «el saludo y el arrastrar el pié eran cosas inseparables», y que, como recordarán muchas personas, se hacía de tal modo por los escolares, que se formaba un hoyo en el suelo en el sitio donde era costumbre saludar; ahora bien, este movimiento es sin duda el primero que se verifica al doblar la rodilla. Un movimiento tan desgarbado nunca se hubiera introducido deliberadamente, aun suponiendo intencional la adopción de las muestras de respeto; hay que mirarlo más bien como resto de algún acto anterior, el cual debió ser humillante, como se infiere de la frase «mover el pié delante de las personas conocidas», lo que significando ganarse el favor de las

gentes á fuerza de obsequios, implica que el acto de arrastrar el pié se consideraba como una señal de servidumbre.

Fijémonos ahora en el acto de descubrirse; casi en todas partes ha sido éste una señal de respeto usada en los templos y ante los potentados y aún conserva entre nosotros algo de su significación primitiva. Que llueva, que graneice ó que brille el sol, hay que permanecer con la cabeza descubierta mientras se está hablando con el rey, y bajo ningún pretexto se puede estar con el sombrero puesto en un lugar consagrado al culto. Como ocurre siempre, esta ceremonia, que en su origen fué un acto de sumisión á los dioses y á los reyes, con el trascurso del tiempo se convirtió en acto de buena crianza. El quitarse el sombrero, cosa que un tiempo era el reconocimiento de la supremacía ilimitada de una persona, es hoy un saludo que se dirige á todo el mundo; y el descubrirse, que se reservaba en su origen para entrar «en la casa de Dios», es preciso ahora hasta para entrar en el domicilio de un simple obrero.

También el permanecer en pié en señal de respeto, se ha extendido mucho en sus aplicaciones. La práctica observada en nuestros templos, patentiza que esta postura es la intermedia entre la humillación que significa el arrodillarse y el respeto á sí mismo que supone el acto de estar sentado; en la corte es el medio de continuar rindiendo homenaje, después de haber hecho otras demostraciones más vivas, y en la vida ordinaria es la actitud que expresa la consideración, la de un criado delante de su amo, la que exige la buena educación á la entrada de una visita.

Otras muchas pruebas podríamos aducir á favor de nuestra tesis. Así, por ejemplo, si nos remontamos á los orígenes de nuestro derecho de primogenitura; si consideramos la aplicación que hicieron de él los *clans* escoceses, entre los cuales no sólo la propiedad, si que también el gobierno pasaban de primogénito á primogénito; si miramos más lejos aún y observamos que los antiguos títulos

de soberanía, *Signor, Seigneur, Señor, Sire, Sieur*, todos primeramente significaron el más anciano y el mayor; si trasportándonos al Oriente, observamos que *Sheick* tiene la misma derivación, y que los nombres de los sacerdotes, como *Pir*, por ejemplo, se traducen literalmente por *viejo*; si se nota en las tradiciones hebraicas cuán primitiva es la idea de la superioridad atribuída á un primogénito; cuán grande la autoridad de los ancianos y cuán sagrada la memoria de los patriarcas; si se recuerda además que entre los títulos divinos figuran los de «anciano de días» y «padre de los dioses y de los hombres», no es difícil ver que estos hechos se hallan completamente de acuerdo con la hipótesis de que el dios primitivo fué el primer hombre bastante poderoso para dejar de sí memoria tradicional, el primero que por su valor y por sus hazañas mereció ser recordado; que por esta causa se asoció inevitablemente la superioridad á todo lo antiguo, así como á la edad el parentesco más cercano con el «poderoso», de donde nació naturalmente esa dominación de los mayores en edad que caracteriza toda la historia y la teoría de la degeneración humana que aún subsiste.

Podemos hallar nuevas confirmaciones en los hechos de que señor (*Lord*), quiere decir «de nacimiento privilegiado» y como de la misma raíz se deriva una palabra que significa cielo, acaso, *nacido del cielo*; en el de que antes de que la palabra *Sir* ó *Sire* se vulgarizara, era el título reservado á los sacerdotes, lo mismo que la de *padre*, y en el de que la palabra *wóorthship* (honor, adoración), primitivamente *worth-ship*, término respetuoso que se usa hoy familiarmente y que se aplica aún á los magistrados, es también el término con que se reconoce la grandeza ó dignidad de Dios, por lo que dar á un hombre el título de *honor*, es tanto como adorarle. Otras pruebas nos suministran el que todos los gobiernos primitivos sean más ó menos francamente teocráticos y el que en las antiguas na-

ciones orientales los actos más comunes, así como las costumbres lleven las señales de la influencia religiosa. Podemos robustecer nuestros argumentos respecto á la derivación de las ceremonias, citando el acto primitivo de sumisión, que consiste en cubrirse la cabeza de polvo, el cual acto simboliza, sin duda, el de hundir realmente la cabeza en el polvo, ó recordando la práctica que está en vigor en varias tribus de ofrecer á la persona que se quiere honrar un mechón de cabellos arrancados de la cabeza, con lo que parece decirse: «soy vuestro esclavo», ó en fin, reflexionando acerca de la costumbre oriental de regalar al huésped cualquier objeto de que hable con admiración, como poniendo por obra aquello de «todo lo que tengo es vuestro».

Sin entrar en nuevas consideraciones acerca de estos hechos y otros menos importantes, estimamos que los ejemplos aducidos bastan para justificar nuestra hipótesis. Si las pruebas hubieran sido en corto número ó de una sola clase, poca fe merecería la conclusión. Pero siendo tantas, lo mismo respecto á títulos que en punto á frases de cortesía y que en lo relativo á saludos, y habiendo además simultaneidad y semejanza en el proceso de depreciación porque todas estas manifestaciones han pasado, dichas pruebas se confirman mutuamente, y cuando advertimos que los resultados de tal proceso son visibles en varias naciones, en todos los tiempos, que, á mayor abundamiento, pueden observarse en el instante actual entre nosotros mismos, y que las causas de que dependen actúan aún, cuando esto se advierte, repetimos, es imposible dudar de que las cosas se han verificado del modo descrito, y que nuestros actos, palabras y frases familiares de cortesía, fueron en su origen muestras de sumisión á la omnipotencia de otro.

Así, debe comenzarse á considerar como válida la doctrina general de que todas las clases de gobierno á que los

hombres han estado sometidos, fueron en un principio una sola y misma cosa, y que la autoridad política, la religiosa y la del ceremonial, son ramas divergentes de un tronco común. Cuando á la luz de los hechos enunciados leemos las tradiciones primitivas, donde se dice «que hubo gigantes en aquellos días,» cuando recordamos que Nemrod, entre otros, figura en las del Oriente, con los caracteres de gigante, de rey y de divinidad; cuando en las esculturas exhumadas por Mr. Layard, vemos á los reyes cargando á los enemigos, pisoteando á los prisioneros, y adorados por esclavos prosternados, es fácil observar cuán bien correspondían estas acciones de los monarcas á los nombres primitivos, dados á Dios, como «el fuerte, el destructor, el poderoso»; cuando se nota que los templos primitivos eran también residencia de los reyes, y cuando, por último, descubrimos que en algunas razas humanas actuales existen supersticiones análogas á las que revelan las añejas tradiciones y los viejos monumentos, se presenta aún como más probable la hipótesis que hemos sostenido.

Remontándonos con la imaginación á aquellos lejanos tiempos en que los hombres sólo tenían de las cosas teorías informes y representándonos al jefe conquistador tal como nos lo revelan los vagos rasgos diseminados en los antiguos mitos, los poemas y las ruínas, no es difícil comprender que todas las reglas de conducta emanaron de su voluntad. Él dirimió como legislador y como juez todas las querellas que se suscitaban entre sus súbditos y sus palabras fueron en leyes erigidas; el temor que inspira es el fondo de la incipiente religión y las máximas que dicta los primeros preceptos de la misma. Se le rinde acatamiento en la forma que prescribe, y aquí tienen su origen las *maneras*. De su carácter de legislador y de árbitro, nacen con el tiempo la obediencia política y la administración de justicia. De su carácter religioso, el culto á un sér cuya personalidad es más vaga de día en día y la difusión de pre-

ceptos más abstractos cada vez, y del modo de manifestarle sumisión, los actos y frases de reverencia y las reglas de la etiqueta.

Conforme á la ley de la evolución de todos los cuerpos organizados, según la cual, las funciones generales se separan gradualmente en otras especiales, se ha desenvuelto en el organismo social, para atender mejor á las exigencias gubernamentales, un mecanismo de tribunales, de jueces y de abogados; una iglesia nacional, con sus obispos y sacerdotes; y un sistema de clases, títulos y ceremonias, cuya dirección corresponde á la sociedad en general. De esta manera, por una parte, las agresiones se descubren y se castigan; de otro lado, se contiene en cierto modo la tentación de incurrir en tales agresiones; y en último término se denuncian y se castigan aquellas faltas más leves á que no alcanzan la ley y la moral. Éstas regulan la conducta en todo lo que es esencial, mientras las maneras dirigen los detalles. Para reglamentar esa multitud de acciones diarias que son demasiado numerosas y no tienen importancia bastante para que intervenga en ella la dirección oficial, sobrevienen influencias moderadoras más sutiles. Y cuando consideramos lo que son estas restricciones, cuando analizamos las palabras, las frases y los saludos que se usan, vemos que, así en su origen como en sus efectos, las maneras constituyen gobiernos transitorios entre los hombres y su objeto es regular del mejor modo posible las mutuas relaciones de éstos.

II

La coacción religiosa, la política y la de las maneras y la moda se desenvuelven y decaen paralelamente.

De la proposición según la que la autoridad en sus diferentes formas es esencialmente una, tanto en su origen